



Miguel León-Portilla

“Conceptos prehispánicos en el *Nican mopohua*”

p. 109-118

Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel

Amaya Garritz (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

238 p.

Figuras

ISBN 968-36-8273-1 (empastado)

ISBN 968-36-7742-8 (rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/mujer_legado.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DE COLEGAS, ALUMNOS Y AMIGOS
TEMAS QUE EN UNA U OTRA FORMA
HAN SIDO DE SU INTERÉS





CONCEPTOS PREHISPÁNICOS EN EL *NICAN MOPOHUA*

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Preparo actualmente una traducción del célebre *Nican mopohua* —el relato acerca de la virgen de Guadalupe— y asimismo un estudio sobre conceptos y formas de decir de estilo prehispánico que pueden identificarse en dicho texto. Como sé que este tema es del agrado de mi querida amiga y admirada colega Josefina Muriel, incluyo una parte de mi trabajo acerca de esto en el libro que se publica en homenaje suyo.

Apartándome de la muy larga polémica entre guadalupanistas y antiaparicionistas, me limito aquí a aceptar lo expuesto por Edmundo O’Gorman sobre el probable autor y la fecha de composición de este relato. Dice O’Gorman en su libro *Destierro de sombras* que “puede tenerse como conjetura la más plausible y segura que Valeriano compuso el *Nican mopohua* en 1556”.¹

Es digno de notarse que coincide O’Gorman en esta afirmación con lo expresado sobre Antonio Valeriano por don Carlos de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII, por Lorenzo Boturini en el XVIII y asimismo por no pocos guadalupanistas. En cuanto a la fecha de composición, se aproxima también a lo sostenido por algunos de ellos, en particular el historiador jesuita Ernest J. Burrus, que ha estudiado los manuscritos más antiguos que se conservan del relato y ha atribuido al mismo haber sido elaborado entre 1550 y 1560.²

Interesa aducir aquí estas precisiones ya que el examen del contenido mismo del *Nican mopohua* muestra que sólo pudo haber sido escrito por alguien que conociera muy bien el náhuatl clásico y asimismo la

¹ Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tēpeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, p. 50.

² Ernest J. Burrus, “La copia más antigua del *Nican mopohua*”, revista *Histórica*, México, Centro de Estudios Guadalupanos, 1985, v. II.

conceptuación religiosa y otros elementos del pensamiento de los antiguos mexicanos. Muy versado fue en esto Antonio Valeriano que, entre otras cosas, fue estudiante y luego colaborador de Sahagún en sus investigaciones. Además cabe afirmar que todavía en el siglo XVI perduraban entre ancianos indígenas tales conceptos y formas de decir.

Existe, sin embargo, la posible objeción de que resulta inexplicable que Antonio Valeriano escribiera este texto, ya que su maestro Sahagún se mostró muy escéptico y aun contrario al culto dado a la virgen de Guadalupe en el Tepeyac, donde se había adorado a la diosa Tonantzin. Ahora bien, debe reconocerse que, si Valeriano compuso dicho relato hacia 1556, no pudo adivinar cuál iba a ser la actitud adversa de su maestro veinte años después cuando, en 1576, Sahagún se manifestó acerca del mismo tema.

Entresaco aquí del trabajo que estoy preparando dos muestras de la presencia de elementos de la tradición prehispánica en el *Nican mopohua*. Puede afirmarse además que en algunos casos el autor de este relato copió o se inspiró en textos como el de los *Cantares mexicanos* y algunos *Huehuetlahtolli*, testimonios de la antigua palabra.

Las preguntas del sorprendido Juan Diego

Cuando el que se describe a sí mismo como un hombrecillo del pueblo, un *macehuatzintli*, “vino a acercarse al cerrito que se llama Tepeyacac”, *in acico in inahuac tepetzintli in itocayocan Tepeyacac*, según el relato varias cosas ocurrieron. Todo coincidió con el momento en que ya “aparecía el alba en la tierra”: *ye tlaltlalchipahua*. La descripción de otro acontecer simultáneo ilumina aún más la escena: “allí escuchó, cantaban sobre el cerrito, era como el canto de variadas aves preciosas”, *concac in icpac tepetzintli cuicoa, yuhqui nepapan tlazototome cuica*. La siguiente frase, tomada a la letra de un antiguo cantar, añade, “al interrumpir sus voces, como que el cerro les respondía”, *cacahuani tozqui iuhquin quinanquilia tepetl*.³

Diálogo era éste entre el monte que responde al canto de las aves preciosas, cuyos nombres da enseguida el texto, *coyoltotl* y *tzinitzcan*, que aparecen también en muchos antiguos cantares nahuas. El monte,

³ Véase *Cantares mexicanos*, reproducción facsimilar por Miguel León-Portilla y José Guadalupe Moreno de Alba, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, fol. 1 r.

tepetl, en el pensamiento indígena era realidad sagrada donde habitaba el dios que con sus aguas hace germinar y da vida a cuanto brota en la tierra.

La hermosura del canto, los destellos del amanecer conmueven el ánimo de Juan Diego. Sabía, como lo dirá más tarde él mismo, que los seres humanos son dueños de *ixtli, yollotl*, “rostros, corazones”. Esto y otras muchas cosas “las dejaron dichas los ancianos, nuestros antepasados, nuestros abuelos”, *quitotihui huehuetque tachtahuan, tocolhuan*. Sin embargo, en ese momento el *macehuatzintli* Juan Diego tan sorprendido se siente que se hace varias preguntas de sentido existencial, las mismas que aparecen en un poema náhuatl de la tradición prehispánica. Expresan ellas su emoción y asombro ante el diálogo entre las aves preciosas y el monte que parece responderles: “¿Es acaso merecimiento mío lo que escucho? ¿Tal vez estoy soñando? ¿Acaso sólo me levanto del sueño? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Tal vez allí donde dejaron dicho los ancianos [...], en la Tierra Florida, en la Tierra de Nuestro Sustento, en la Tierra Celeste?” *Cuix nomacehual in ye niccaqui? ¿Azo zan nictemiqui? Azo san niccochitlehua? ¿Canin ye nican? ¿Canin ye nittota; cuix oncan in quitotehuaque huehuetque [...] in Xochitlalpan, in Tonacatlalpan cuix ye oncan in Ilhuicatlalpan?*⁴

Estas palabras, puestas en labios de Juan Diego, evocan conceptos clave en la antigua visión náhuatl del mundo. Uno es el de merecimiento, *nomacehual*, “el mío”. Está él estrechamente relacionado con la persuasión nahua —por cierto paralela a la de los cristianos— de que los seres humanos han sido restaurados en el mundo en virtud de un sacrificio divino y sangriento. Si para el cristiano ese sacrificio fue el de Jesús en la cruz, para el hombre náhuatl fue la inmolación de los dioses y en particular de Quetzalcóatl que en Tamoanchan, con sangre de su miembro viril, restituyó la vida a los huesos de los humanos que habían existido en otra edad cósmica para que así la vida brotara de nuevo en el mundo.

Dudas frecuentes en el pensamiento indígena, como lo he mostrado, citando varios textos en *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, son las que llevan al sabio, *tlamatini*, a interrogarse ¿quién es él mismo? Si es que acaso puede decir palabras verdaderas o sólo se halla soñando, levantándose tal vez del sueño.⁵ Tales dudas son las que mueven

⁴ Estas mismas preguntas las formula el poeta prehispánico Tochiuitzin Coyolxauhqui en *Cantares mexicanos*, fol. 14 v. Ver Miguel León-Portilla, *Quince poetas del mundo náhuatl*, México, Diana, 1994, p. 232-233.

⁵ Analizo estas interrogantes en *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 8a. edición, con un nuevo apéndice, prólogo de Ángel María Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 57-62.

también a Juan Diego a preguntarse —si es que no se encuentra ya en *Xochitlalpan*, *Tonacatlalpan*, la Tierra Florida, la Tierra de Nuestro Sustento, lugar de deleite donde mora Tláloc, el dador de la lluvia.

La noble señora y el Dador de la vida

En el relato tal preocupación se interrumpe y cual si Juan Diego empezara a escuchar una antigua palabra al modo de los *huehuehtlahtolli* se da cuenta de que alguien lo llama. Con finura Antonio Valeriano pone, ante quien lee o escucha, esta peculiar realización del encuentro entre dos mundos. El indio, que conserva mucho de su antigua cultura, se dirige a quien lo llama y que en este caso viene de más allá, de *ilhuicaatl*, “las aguas celestes”. Muy a tono con la estilística nahua, lo que ocurre entonces se presenta en imágenes que se van sobreponiendo unas a otras para integrar el sentido del acontecer.

Primero contempla a una noble señora que está de pie en lo alto del cerrito. Percibe que en ella converge cuanto es hermoso en la tierra. Las metáforas brotan unas tras otras en el texto, como ocurre en los cantares de la antigua tradición: “su vestido lanzaba rayos de luz como el sol”, *in itlaquentzin yuhqui tonatiuh motonameyotia*. Jades, turquesas, ajorcas preciosas, resplandor de arco iris, plumajes de quetzal, todo, aun los arbustos espinosos, relucía como el oro.

La señora habla entonces al indio para hacerle saber quién es ella y qué es lo que desea. *Tonantzin* Guadalupe, cual una *cihuatzin tlateomatini*, reverenciada señora, sabia en las cosas divinas, explica a Juan Diego su relación portentosa de mujer con el Dios supremo. Para ello se vale de varios de los nombres con que lo invocaban los pueblos nahuas que pensaban que en su ser divino coexistían el ser madre y padre. La noble señora le dice: “Soy yo la en todo y siempre doncella”, *in nicenquizca cemicac ichpochtli*, y añade, en paralelo con la Diosa Madre de los indios, que también dio a luz en forma portentosa, “Soy Santa María, su madrecita de Él, Dios verdadero”, *Soy Sancta María in inantzin in huel nelli teotl Dios*.

Tonantzin, Nuestra Madre, y *Totahtzin*, Nuestro Padre, eran conceptos clave en el pensamiento nahua que así concebía al supremo *Ipalnemohuani*, Dador de la vida. La noble doncella que habla a Juan Diego le da a entender su relación personal con aquel cuyos varios nombres pronunciará enseguida, todos ellos pertenecientes a la tradición religiosa prehispánica. Ella es *inantzin*, madrecita de *Ipalnemohuani*,

“el Dador de la vida”, invocado con este nombre en muchos cantares y en antiguas plegarias.

Cual si quisiera ella que en lo que va a decir se acercaran dos concepciones acerca de la divinidad, continúa declarando que es *inantzin*, madrecita de *Teyocoyani*, “el inventor de los seres humanos” y también de *Tloque Nahuaque*, “El dueño del cerca y del junto”, es decir, el que tiene como atributo tener junto a sí mismo todo lo que existe.⁶

La noble señora enumera así algunos de los principales atributos del Dios que adoraban los nahuas y del que también reconocían los cristianos: él da la vida, está en todas partes y es creador de los humanos. Y como si tuviera presente la concepción mesoamericana del espacio vertical —pisos celestes, superficie terrestre y pisos inferiores— añade que Él es Dueño de los cielos y del mundo terrestre, *Ilhuicahua*, *Tlalticpaque*. Ciertamente es que no dijo que el Dios supremo es también *Mictlane*, Dueño de la región de los muertos, es decir, del inframundo. Posible explicación de esto es que Valeriano optara por no mencionar ese ámbito cósmico porque en él veían los cristianos —no los indios— a la región infernal, donde se hallan los demonios y los condenados al fuego eterno.⁷

Qué piensa Juan Diego de sí mismo

Antes de ver cómo la Señora hizo petición y a la vez ofrecimiento a Juan Diego, interesa considerar cómo se describió él a sí mismo y a los contemporáneos suyos. El autor del relato, al principio del mismo, había pintado cuál era el contexto en el que vivían Juan Diego y en general los indios. Dice que hacía poco tiempo “fue conquistada el agua, el monte, el pueblo, México”, *opehualoc in atl, in tepetl, Mexico*. Y añade que, cuando ocurrió lo que va a referir, “ya reposó la flecha, reposó el escudo”, *ya omoman in mitli, in chimalli*, difrasismo nahua que evoca la guerra, así como el del “agua y el monte”, al pueblo y la ciudad. Las cosas comenzaban a cambiar, “no ya sólo brotó, ya verdea, abre su corola el conocimiento del Dador de la vida, verdadero Dios”, *in maca zan ye opeuh, ye xotla, ye cueponi in tlanetloquiliztli in iximachocatzin in Ipalnemohuani, nelli Teotl Dios*.

⁶ Véase *La filosofía náhuatl*, op. cit., p. 164-171.

⁷ *Ibidem*, p. 113-127.

Juan Diego en varios momentos habla de sí y sus contemporáneos. Respondiendo a la noble señora, le dice: “En verdad soy hombrecillo miserable, sólo soy como la cuerda de los cargadores, en verdad soy parihuela [sólo para esto sirvo], soy cola, soy ala [alguien cuyo destino es obedecer], soy llevado a cuestras [soy una carga]”, *ca nel nicnotlapaltzintli, ca nimecapalli, ca nicacaxtli ca nicuitlapilli, natlapalli, ca nitco, ca nimamaloni*.⁸ Muy distintos de él son aquellos a los que llama *tlazopipiltin*, “apreciados nobles”, *in iximacho, in ixtilo, in mahuiztilo*, “los conocidos, reverenciados, honrados”.⁹ A ellos se refiere cuando responde a la noble señora pidiéndole que no lo escoja como mensajero, a él, que es un pobre infeliz, sino a esos otros que pertenecen al grupo selecto de los de linaje, los que mandan.

En más de una ocasión aparece Juan Diego expresándose con palabras que muestran que mantenía vivas las ideas y el modo de ser y el respeto característicos de la antigua cultura. Ejemplos de esto son varios de los giros que emplea al dirigirse a la noble señora. Le dice: “¿Sientes bien tu precioso cuerpecito?” *¿cuix ticmohuelmachitia in mottazonacayotzin?* Con temor de contrariarla, añade: “Daré aflicción a tu rostro, tu corazón”, *Nictequipachoz in mixtzin, in moyollotzin*.

En otro lugar, hablando de la grave enfermedad de su tío Juan Bernardino, manifiesta la misma idea que aparece en muchos textos de la tradición prehispánica: “Porque en verdad para esto nacimos, hemos venido a esperar el trabajo de nuestra muerte”, *Ca ye nel inic otillacatque, in tichiaco in tomiquiztequiuh*. En contraste con esta amarga reflexión, Juan Diego se muestra fascinado al hablar por tercera vez con el obispo y entregarle las flores que había recogido en el Tepeyac. “Sabía él —le dice— que no era lugar donde se dan las flores, porque es pedregoso, sólo hay abrojos, plantas con espinas, nopales, mezquites”. Sin embargo, obedeciendo la palabra de la noble señora había subido a lo más alto del cerrito y esto fue lo que vio “allí habían brotado varias flores preciosas. Cuando me acerqué a la cumbre del cerrito, vi que allí era la Tierra Florida, el lugar de verdor y abundancia, morada del dador de la lluvia”, *in nacito in icpac tepetzintli, ntlachix ca ye Xochitlalpan*.

⁸ Varias de estas palabras con que Juan Diego se describe a sí mismo las registra fray Andrés de Olmos en un capítulo que titula “De las maneras de hablar que tenían los viejos en sus pláticas antiguas”, al final de su *Arte de la lengua mexicana*, Guadalajara, Jalisco, Edmundo Aviña Levy Editor, 1972, p. 212, 213 y 218.

⁹ Alude aquí Juan Diego a los dos estratos sociales entre los nahuas: el de los *pipiltin*, “los de linaje o nobles”, y el de los *macehualtin*, gente del pueblo, entre los cuales él se incluye.



En la nueva traducción que he preparado del *Nican mopohua* me he esforzado por poner de relieve los elementos que hay en él del pensamiento y estilística nahuas de la antigua tradición, como los que aquí he citado brevemente. La lectura de esa versión permitirá tal vez responder con más amplitud y fundamento a esta pregunta: ¿Cabe sostener que el *Nican mopohua* fue un intento de evocar el encuentro del mensaje cristiano con el hombre indígena valiéndose de la riqueza conceptual y los recursos estilísticos propios de los antiguos nahuas?

